

OTOÑO EN PRIMAVERA

La cálida brisa primaveral envuelve mi cuerpo esta tarde.
Los susurros del viento entre las copas de los árboles
traen a mis oídos relatos de otrora.

Sentada en un banco del parque, acepto las caricias del
sol en mi rostro. Entrecerrando los ojos dejo mecer los
recuerdos que anida mi corazón.

Algarabía de púberes jugueteando sobre el césped. Allí
están los amigos de entonces, soñando con un futuro tan
lejano.

Frecuentemente nos pinchábamos con las ramas de los
espinos y olíamos con placer las verdes hojas de los
boldos.

¿Detrás de qué tronco de una de estas incontables
palmeras salí corriendo toda arrebolada después del
primer beso robado?

El césped me abrazó y en el azulino cielo las nubes
formaron un “te quiero”.

Pronto ese tapiz recibió mis primeras lágrimas de
decepción.

Recorriendo estos senderos fui una cacatúa más
repitiendo mis lecciones para exámenes del liceo y la
universidad. El piar de los pájaros era mi recreo mental.
Un sendero de bellas palmeras fue testigo de mis
constantes torceduras de tobillos al usar mis primeros
tacones. También cuando estrené mi trajecito sastre de
profesora. Por allí transitaba de vuelta del colegio
cansada, pero feliz apostando por un mundo mejor.

El camino de la vida me llevó tras trabajos, amores, viajes.
Aquí estoy de regreso en el punto de partida donde solía
pensar en el futuro, ese que llegó imperceptiblemente,
como un soplo.

Hoy mi piel se asemeja a las cortezas de estos árboles que
guardan tantas memorias.

Mientras mi espalda se curva como hierba seca y me hago más pequeña e invisible, las palmeras, secuoyas y eucaliptus se elevan alcanzando las nubes del cielo infinito. Soñaré que me alzo alto como ellos...

“¡¡Abuela, no te duermas de nuevo!!” – me despierta de mi ingenuo sueño.